

y si no, cada 20 días si "sale" se la cubre, haciéndolo dos veces en el mismo día con dos horas de intervalo y la que no se queda en la Primavera sigue vacía todo el año. Pero aun en la preñez sigue su crianza que dura ocho o nueve meses, hasta los Santos que extreman y se llevan a los muleros al destete manteniéndolos a pienso hasta la Primavera que se les pone el hierro y los sueltan a morder la hierba tierna, pasando de la cualidad de lecheras o muleros a la de quincenas hasta los dos años y treintenas hasta los tres que ya las venden para domarlas, después de hacer la muda de las palas de leche por las permanentes.

Nuestro ganado era más áspero, difícil de acarear y apaciguar, coceaba menos que otros pero manoteaba y mordía y en los partos era temible. En nuestras muleradas era costumbre marcarlas en el hocico y no detrás del ijar como por ahí. Al mismo tiempo que la marca se les ponía el nombre, por lo general como el de la madre, salvo el caso de que tuvieran algún detalle que las distinguiera mucho: Molinera, Resaltá, Vanidosa, Navarra, Coronela, Valerosa, Millonaria, Vigilanta, etc. son nombres corrientes en manadas de mulas.

En el caso de Antoñete las yeguas se echaban en el HERRAERO de los Bueyes y los



Antoñete, como buen pastor, no se mata pero no para y aquí le vemos al pie de la higuera de su patio, sentado en un serijo, bien cubierta la sesera con la boina sobre el gorro haciendo pleita, muy atento a los catorce ramales, siete para cada mano, que forman el entramado, uno de los cuales siempre va andando y es el que hace la pleita.

El serijo también es de su fabricación, pues los hace admirables. La pleita del serijo, llamada clineja, la hace de enea, con cinco ramales y se forma una especie de esterica, según se quiera de gorda, que se enrolla sobre sí misma formando un rulo que se cose fuerte para que no se desbarate. En la cara de sentarse se le pone una pellica para que resulte más suave. Nadie se atrevía antes a cobrar nada por un serijo que podría importar una perra gorda, pero ahora se venden a 200 pesetas y en los escaparates de Madrid, que hacen ostentación de lo rústico, Dios sepa a como valgan.